

AGENDA CIUDADANA

LAS AMÉRICAS: UN DESENCUENTRO CASI SISTEMÁTICO

Lorenzo Meyer

Evaluación Negativa. Casi hubo consenso entre los observadores en la Cumbre Extraordinaria de las Américas que acaba de celebrarse en Monterrey: Estados Unidos tiene un proyecto hemisférico y el grueso de los países de la región tienen otros y distintos (véanse, entre otros, los comentarios de El País, The New York Times, La Jornada, The Guardian, del 13 al 15 de enero o The Economist, del 17-23 de enero). Es verdad que en el gobierno mexicano se mostraron entusiasmados por el proyecto que el presidente norteamericano va a presentar a su congreso en torno al problema de los trabajadores indocumentados y por la invitación de los Bush a los Fox para que pasen un par de días en su rancho texano, pero lo cierto es que la conferencia, en cuanto muestra de unidad interamericana, sirvió para todo lo contrario: demostró que persiste una diferencia histórica entre Estados Unidos y sus vecinos del sur.

Lo que llevó a Monterrey a George W. Bush, el líder de la única superpotencia mundial, fue la oportunidad de mejorar sus relaciones bilaterales con México y Canadá y, sobre todo, la búsqueda de un respaldo de los otros 33 jefes de Estado y gobierno para su proyecto de crear en el 2005 una zona de libre comercio en el continente (ALCA). Salvo por la reserva de Venezuela, Bush consiguió su objetivo, pero sólo en el papel, pues resultó evidente la falta de entusiasmo con el proyecto del grueso de los países de la región, empezando por Brasil.

Entre las razones latinoamericanas de la resistencia al libre comercio continental destacan la necesidad de antes consolidar el MERCOSUR, la enorme ventaja que dan a los agricultores norteamericanos los subsidios gubernamentales que reciben y el que para América Latina y El Caribe, el saldo social del neoliberalismo es negativo. En México, por ejemplo, los diez primeros años del TLC han sido la continuación de la

depresión económica que empezó en 1982. El presidente argentino, Nestor Kirchner, resumió bien el problema: para los países al sur del Bravo, el neoliberalismo –del cual el libre comercio es elemento central— no se ha traducido en un crecimiento económico real, sino en la consolidación de un modelo de quiebra económica y de injusticia social. Para Kirchner, América Latina requiere hoy de un equivalente al “Plan Marshall” que reavivó a Europa después de la II Guerra Mundial. Sin embargo, le destinatario de ese argumento, el presidente Bush, simplemente no se dio por aludido.

El Desencuentro Original.- Desde su origen, la América anglosajona y la ibérica han mantenido una relación distante y difícil, aunque hoy menos por razones culturales y más por la asimetría de poder. El lenguaje diplomático ha tratado de ocultarlas o restarles importancia, pero esas diferencias hemisféricas persisten imbatibles.

A final del siglo XV los dos imperios trasatlánticos de la Península Ibérica – Portugal y España— pretendieron, con el apoyo del Papa y mediante el Tratado de Tordesillas (1494), un dominio exclusivo del continente con el que Colón se había topado camino al Asia. Sin embargo, las otras potencias marítimas, Inglaterra, Holanda y Francia, simplemente no aceptaron la pretensión, labraron sus nichos en la costa Atlántica de la América del Norte y para el siglo XVII ya estaban sembradas las diferencias.

La América protestante fue una prolongación de Europa, aunque con el añadido de esclavos africanos. Políticamente, su desarrollo estuvo marcado por una independencia relativa respecto de su metrópoli y por un autogobierno con algunas características democráticas, sobre todo en el caso de los puritanos. El protestantismo alentó la pluralidad religiosa y la existencia de una sociedad alfabetizada, puesto que cada individuo debería estar en posibilidad de interpretar por si mismo la Biblia. En contraste, en la América española, el dominio directo de la Corona --la política de

centralismo burocrático-- no facilitó ningún autogobierno salvo al nivel básico del cabildo. En las comunidades indígenas pervivieron formas políticas prehispánicas pero el cacicazgo no fue una institución propicia a la modernidad. La existencia de sociedades indígenas demográficamente densas y socialmente complejas --a las que ni se debía ni se podía hacer a un lado como fue el caso en la Nueva Inglaterra-- instituyó en la América española una diferencia social muy profunda, una división permanente entre la mayoría nativa y mestiza por un lado y la pequeña minoría europea y criolla, por el otro. Desde luego el monopolio de la Iglesia Católica sostenido por el Estado, fue otra diferencia sustantiva. Y la lista puede crecer al añadirse los temas económicos.

La independencia y el surgimiento de la soberanía se dieron primero en la América anglosajona y después en la española y portuguesa. Cada región se lanzó a tan difícil empresa por su cuenta y no hubo cooperación significativa entre ellas, aunque en 1823, ya consumada las independencias, el presidente norteamericano James Monroe, lanzó de manera unilateral la doctrina que lleva su nombre y donde advertía a Europa contra el intento de reconquista. Más que apoyar a las nuevas naciones iberoamericanas, Monroe buscaba hacerlas una zona de influencia.

La Primera Experiencia.- Simón Bolívar imaginó la posibilidad no sólo de una América independiente sino unida y que fuera un actor importante en el sistema mundial. Para ello que convocó a una magna reunión americana en Panamá en 1826. Aunque se dudó de incluir a Estados Unidos en el proyecto, al final se le invitó. Las reticencias de los iberoamericanos frente a los norteamericanos ya eran claras, pero fueron justamente México y Colombia los que apoyaron y lograron que Estados Unidos se unieran al conjunto. Al final, la gran idea quedó reducida a su mínima expresión, pues Estados Unidos no asistió a una reunión que sólo contó con la presencia de México, Centroamérica, la Gran Colombia y Perú.

Los enormes problemas políticos y debilidades de los nuevos países llevaron a que las ideas originales de crear un ejército interamericano para liberar a Cuba o de suscribir un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, se perdieran sin dejar huella. Con la guerra entre México y Estados Unidos, la posibilidad de institucionalizar una comunidad de las Américas se alejó aún más. En los dos congresos interamericanos de Lima (1847-1848 y 1864-1865) y el de Santiago (1856), el acicate para la cooperación fue una defensa de la América del Sur frente a las amenazas europeas. México no estaba en posibilidad de asistir y ya no se invitó a Estados Unidos. Brasil, que en 1822 alcanzó pacíficamente su independencia, se constituyó en imperio y fue reconocido por Estados Unidos como Estado soberano en 1824. A partir de entonces, se dedicó activamente a expandir sus enormes fronteras y a mantener buenas relaciones con Estados Unidos y Europa pero no necesariamente con sus vecinos. Los conflictos ínter latinoamericanos menudearon y fueron otro gran obstáculo al gran concierto imaginado por Bolívar.

La convocatoria de Estados Unidos. En 1889-1890, Washington tomó la iniciativa de convocar a lo que finalmente sería la Primera Conferencia Interamericana. Para entonces el supuesto “Destino Manifiesto” sobre el resto del hemisferio ya era parte integral de la ideología de unos Estados Unidos que estaban a punto de ingresar al exclusivo club de las grandes potencias, lo que efectivamente ocurrió en 1898 con su fácil victoria sobre España y la adquisición de un modesto pero significativo imperio (Puerto Rico, Guam y Filipinas). Y aunque Estados Unidos era aún importador neto de capital –especialmente británico—, ya eran importantes sus inversiones directas en México, Centroamérica y el Caribe.

Para América Latina, el elemento crítico de una política continental era lograr la prescripción del derecho de conquista, pero para Estados Unidos –metido de lleno en la “diplomacia del Dólar” y la “política del Gran Garrote”--, lo importante era, como

ahora, negociar con sus vecinos acuerdos aduaneros y comerciales y tener manos libres en su política de fuerza. De ahí que el papel de la Unión Panamericana que se creó entonces con sede en Washington, fuese uno modesto: el de compiladora y distribuidora de datos sobre el comercio. Lo demás resultó lo de menos. En las conferencias interamericanas que siguieron, Estados Unidos se negó a aceptar la obligatoriedad del arbitraje de conflictos y la restricción a la intervención diplomática en favor de sus inversionistas. México no asistió a la quinta conferencia, la de 1923 celebrada en Chile, justamente porque Estados Unidos no había reconocido al gobierno de Álvaro Obregón. Pero en la sexta conferencia (La Habana, 1928), México capitaneó la condena a la invasión americana de Nicaragua y exigió la adopción del principio de no intervención como eje de la política hemisférica. Estados Unidos se negó a tal demanda.

Un Interludio Excepcional.- La política de la “Buena Vecindad” inaugurada por Franklin D. Roosevelt en marzo de 1933 sustituyó un panamericanismo fofo por una actitud positiva hacia América Latina. Pronto, la inestabilidad en Europa y Asia obligó a Washington a buscar activamente la cooperación latinoamericana para aislar al continente del embate nacionalsocialista. Las cuatro reuniones continentales celebradas entre 1933 y 1942 vieron, por un lado, la aceptación norteamericana del principio de no intervención y la de América Latina de colaborar con Washington en su lucha contra las potencias del Eje. Las excepciones fueron Chile y Argentina, aunque finalmente tuvieron que plegarse a la posición norteamericana.

De Nuevo el Desencuentro.- Tras la II Guerra Mundial, América Latina quiso trasladar la cooperación político militar al plano económico, pero la “Buena Vecindad” no sobrevivió a Roosevelt y ya no hubo “Plan Marshall” para las Américas. Con la Guerra Fría y hasta el triunfo de la Revolución Cubana, Washington no tuvo interés en América Latina, pero fue justamente en este ambiente que nació en 1948 la

Organización de Estados Americanos (OEA). Con Cuba en el campo socialista, Washington empleó a la OEA como un foro más de su política anticomunista. En 1962 Estados Unidos logró la expulsión de Cuba de la organización hemisférica y en esa y en todas las reuniones posteriores, México se vio obligado a jugar a la defensiva en apoyo, no de Cuba, sino del principio de no intervención, centro de su política internacional.

Desde hace más de cuarenta años que la política hacia Cuba se mantiene como un elemento de desacuerdo entre Estados Unidos y algunos países latinoamericanos, pero a raíz del triunfo sandinista en Nicaragua en 1979 y de la intensificación de la insurgencia en Guatemala y El Salvador, brotó otro punto de fricción con Washington que hizo que la OEA se desdibujara más como zona de encuentro de las Américas. Fue necesario crear organizaciones ad hoc, como el “Grupo Contadora”, para intentar neutralizar sin mucho éxito el intervencionismo norteamericano en el hemisferio.

La Posguerra Fría.- El fin de la Guerra Fría --y del anticomunismo-- coinciden con la negociación de México con Estados Unidos y Canadá del TLC, lo que implicó un cambio cualitativo del enfoque hemisférico mexicano. Mientras México se integraba a la América del Norte, otros países latinoamericanos se empeñaban en su compromiso con el MERCOSUR y otros acuerdos regionales. Es en este ambiente que en 1994, en la Cumbre de las Américas en Miami, Estados Unidos propone el ALCA, un mercado de 34 países con 800 millones de personas. Para Washington y desde la perspectiva de la globalización y de su liderazgo político y económico, la propuesta de Miami tiene mucho sentido, pero no tanto desde la perspectiva latinoamericana.

Hoy, la relación hemisférica esta casi de vuelta al mismo punto en que se encontraba al crearse la Unión Panamericana a fines del siglo XIX o, si se quiere, al iniciarse la Guerra Fría. Hoy como entonces, el interés nacional de la gran potencia del norte apenas si tangencialmente se toca con el interés de una América Latina que no

puede superar su atraso original y que, por lo mismo, se mantiene a la defensiva frente a una gran potencia hegemónica avasalladora. ¿Hay alguna forma de superar este desencuentro cíclico? Sí, pero sólo cuando la asimetría entre el norte y el sur sea menor, lo que significa que no será pronto.